



CRÓNICA CIENTÍFICA Y LITERARIA.

MORAL.

ALEGORÍA.

Decipimur specie recti. Hor. Art. Poet. v. 25.

EL PALACIO DE LA VANIDAD,

Demasiadas veces ignoramos nuestros defectos y locuras: es verdad que estamos tan lejos de conocerlos, que pasan por pruebas de nuestro mérito. Esto nos hace vivir cómodamente entre ellos, gustar de manifestarlos, de progresar en su práctica, y de ser por su medio estimados. De aquí es que mil ideas inesplicables, invenciones risibles, y extravagantes acciones deben producirnos placeres, y ofrecernos los demas con aquellos colores de que por capricho nos gloriamos; y no queda duda de que algo hay agradable en este estado de vanidad y de infundada satisfacción, cuando aun los mas sabios han escogido una palabra enfática para describirlo, llamándola *el paraíso de los locos*.

Tal vez la última parte de esta reflexion parecerá á algunos un pensamiento falso, y tendrá para ellos otro sentido que el que yo le he dado; pero no trato ahora de examinarla yendo á confesar que he visto dicho paraíso en ilusion.

Yo me creí trasportado á un cerro verde, florido, y de fácil subida. En su espaciosa cumbre residia el error de torcidas miradas, y la opinion popular con muchas cabezas: dos seres que traficaban con la ciencia mágica, y que se hacian famosos, alucinando al pueblo con el desmedido amor de sí mismo. Ante estos se presenta una multitud de gentes, siguiendo dos sendas distintas que á cada uno de ello se encaminaban. Algunos, que al parecer tenian mas presuncion, sin esperar quien los dirigiese, marcharon sin detenerse hácia el primero: otros de carácter mas apacible se llegaron antes á la opinion, desde donde apenas los entusiasmaba y comprometia con elogios, los dejaba árbitros de su destino.

Cuando hubimos subido á un lugar descubierta de la cumbre, en que la opinion daba sus pronósticos, la hallamos conversando con muchos que habian llegado antes que nosotros. Su voz agradable; al hablar exha-

lababa su boca suave fragancia; parecia tener una lengua para cada uno; todos pensaban oír cosas gratas, y esperaban un paraíso que les prometia en recompensa de su mérito. Entonces nos vimos forzados á seguirla hasta que nos condujera al sitio en que se nos concediese lo que nos había prometido: y era de notar que, durante todo el tiempo que caminamos, los que nos acompañaban iban, ó alabando sus prendas, ó elogiándose mutuamente aquellas cualidades que creian reconocerse en su carácter, ya despreciando á estos porque carecian de las suyas, ya compitiendo con aquellos en los grados de nobleza y distincion.

Por último llegamos á un vergel, á cuya entrada estaba colocado el error. Los árboles espesamente entrelazados, y el lugar que ocupaban artificiosamente construido para hacerle sombra. Se habia disfrazado con una túnica blanca á fin de tener á nuestros ojos mas semejanza con la verdad, y como esta lleva una antorcha con la que manifiesta las bellezas de la naturaleza á sus adoradores, se habia provisto de una vara mágica para imitarla, y agradar con ilusiones. Alzála con afectacion, y hablando entre sí, manda que á sus mágicos acentos se presenten á nosotros las glorias prometidas. Inmediatamente dirigimos la vista ácia la parte del firmamento á que señalaba, observamos una perspectiva azul y diáfana, iluminada como las colinas en una mañana de verano cuando la niebla desaparece, y el palacio de la vanidad se ofrece á nuestra atencion.

El palacio, mas que edificio, parecia una reunion de nubes encrespadas, suspensas por encanto. Las paredes doradas para mayor ostentacion: el mas ínfimo peristilo de columnas de orden corintio; y la cúpula del edificio una media esfera brillante y trasparente.

En la puerta los caminantes ni hallaron portero, ni aguardaron á que se presentase: cada uno juzgaba que sus méritos eran un pasaporte suficiente, y seguía adelante. En el salon nos encontramos con muchos zeladores que andaban entre nosotros, y colocaban á los que entrabamos, segun nuestras ideas. Allí estaba el menguado honor, que nada tenta que enseñar mas que una rorda

egecutoria de sus antepasados; la ostentacion su constante esclava, y el esplendor marchando con afectacion y orgullo. En el estrecho superior del salon habia un trono, cuyo dosel brillaba con todas las riquezas que la pompa podia procurarse para decantarmas en él, y entre sus dorados brazos estaba la vanidad adornada de plumas de pavo real, y reconocida por otra Venus de sus adoradoras. El niño que á su lado le servia de Cupido, y que obligaba á todos á arrollidarse ante la Diosa, se llamaba Amorpropio. Aparentaba en sus miradas el desprecio de cuantos obgetos le rodeaban; las armas de que se valia en sus conquistas las tomaba de los mismos, á quienes acometia. La flecha que dirigia contra el soldado volaba con las propias plumas de su pechazo: el dardo que arrojaba contra el hombre de ingenio tenia en sus alas la pluma con que escribia; y el que lanzaba contra los que hacian ostentacion de sus riquezas iba cubierto con el oro que prodigaban. Tendia á los estadistas redes compuestas de sus propios artificios; tomaba de los ojos de las jóvenes el fuego con que decretia sus corazones; y de la boca del elocuente sacaba las espresiones con que lo inflamaba en sus propias glorias. Á los pies del trono reposaban tres falsas gracias. La lisonja con una concha de pintor, la afectacion con un espejo para adiestrarse, y la moda cambiando siempre la hechura de sus vestidos. Dedicábanse á conservar las conquistas del Amorpropio en el ejercicio de sus funciones peculiares. La lisonja daba nuevos colores y semblante á todas las cosas; la afectacion nuevo aire y parecer, segun ella, nada vulgares; y la moda á un mismo tiempo encubria algunos defectos propios, y añadia otras gracias exteriores y estrangeras.

Reflexionando sobre lo que veia, oigo salir una voz del tropel, lamentando la condicion de la humanidad, guiada por el aura de la opinion, burlada por el error, inflamada por el Amorpropio, y esclava de los caprichos de la vanidad, hasta que el desprecio y la pobreza la acometiesen. Apenas se propagán estas voces, observo un desorden general, hasta que por último, cuando todos se iban ausentando, veo un anciano grave, firme y modesto, conducido al trono para ser castigado por las palabras que habia dicho. Se mostró pronto á defenderse, mas no vi ninguno que quisiera oirle. La vanidad le dirigió una mirada de desprecio; el Amorpropio se quedó triste; la lisonja, que lo conoció por la veracidad, le pu-

so una máscara, y se retiró; la afectacion le arrojó su abanico, hizo un gesto; y lo llama envidia ó calumnia; y la moda pretendió se le tuviese por la rusticidad. Burlado y escarnecido de esta manera lo arrojaron, jurando firmemente tratarlo del mismo modo donde quiera que lo encontrasen, por haber tenido la osadia de querer desengañar á los hombres acerca de su mérito y presuncion.

Habia penetrado ya el sentido de la mayor parte del aviso, y solo pensaba como se cumplirian sus últimas palabras, cuando se percibe de afuera un terrible ruido; oscúrese la puerta con la sombra de un sin número de harpias que se atropellaban sobre nosotros. La locura y el descrédito se vieron en la casa, aun antes de que entrasen. La turbacion, la vergüenza, la infamia, el desprecio y la pobreza conducian la retaguardia. La vanidad con su Cupido y sus gracias desaparecieron. Sus esclavos corrieron á esconderse en rincones y cuevas; pero muchos fueron hallados y conducidos desde allí á una prision, ó condenados al ejercicio de los artes mas bajos, los tráficos mas viles de la sociedad (segun me dijo uno que estaba cerca de mí.) Pero á estos, añadió con aire desdeñoso, les está bien empleado, pues han querido vivir aqui, sin que sus méritos se igualasen al lustre de su dignidad, ni sus riquezas á sus gastos. De estas escenas hemos visto muchas antes de ahora: al momento que se serene este alboroto volverán las delicias que han huido. Dile mil gracias por su relacion, y juzgandolo bastante obstinado para permanecer allí hasta que le tocase la desgracia de ser aprisionado, salí ácia la puerta, y aun alcancé algunos pocos que, sordos á la voz de la veracidad, escarmetados sin embargo con el ejemplo de los demas, se inclinaban á obrar bien; pero apenas hubieron tocado el umbral, ¡cuál su admiracion y tormento al ver que las ilusiones del error habian desaparecido, y que el edificio estaba sostenido débilmente en el aire, sin cimiento alguno sólido! Entonces se conoció que no habia mas remedio que emprender un salto desesperado, y entonces maldije mil veces la intempestiva curiosidad que me arrastró á tan gran peligro. Todos ya sin esperanza empezaban á hundirse en el mas profundo desprecio de sí mismos, cuando advierto que el edificio se fue hundiendo tambien hasta el justo punto de la estimacion que el hombre debe á su dignidad: la parte del edificio en que veniamos tocamos en tierra, y al separarnos burló nuestra visi-

ta. Si los que se quedaron en el palacio advirtieron este decenso, no lo puedo decir: mi parecer entonces fue que no. De cualquier modo que haya sucedido, los rayos del sol interrumpieron mi sueño; el cual me ha dado ocasion para reflexionar toda mi vida sobre las fatales consecuencias de seguir las sugerencias de la vanidad.

(Artículo remitido.)

POESÍA.

Nuestro corresponsal de Valencia nos da aviso de una empresa literaria, en que está trabajando en aquella ciudad un amigo de las musas. Es la traducción de la Jerusalén libertada, en verso castellano, y no en verso como quiere, sino en octava rima, y en igual número de octavas que las que tiene el original. Cualquiera que conozca las singulares bellezas de este inmortal Poema, su dición armoniosa y concisa, y la magnificencia de su estilo, sabrá apreciar los esfuerzos del traductor, y deseará que lleve á cabo una obra tan honrosa para nuestra literatura. Vamos á dar algunas muestras de su trabajo; sintiendo que el número de las que nos han remitido sea tan pequeño.

He aquí las dos primeras octavas del Poema.

1.

Canto las santas armas y el guerrero
Que el gran sepulcro libertó glorioso.
¡Cuánto su mente obró! ¡Cuánto su acero!
¡Cuánto en la empresa padeció animoso!
En vano se le opuso infierno fiero,
Y de Asia y Libia el pueblo armó furioso.
Dióle el cielo favor; y á sus pendones
Redujo los errantes campeones.

2.

Tú, que de lauro y de mortal decoro
No circundas tu frente en Helicón;
Mas en el cielo, entre el beato coro,
Cifras de estrellas eternal corona;
Tú inspira, ó Musa, mi cantar sonoro,
Dame celeste ardor, y tú perdona
Si adorno, alma verdad, tu acento santo.
Y á tus delicias junta otras mi canto.

El poeta español traduce así las octavas 13, 14 y 15, tan hermosas en el Taso, y en que pinta la aparición de un ángel á Gofredo.

13.

Así le habla, y veloz obedeciendo
Gabriel se apresta: en torno de aire vano
Las invisibles formas va cubriendo;
Cuerpo finge mortal y aspecto humano;

Y los humanos miembros componiendo
Con celestial decoro sobarano,
Entre jóven é infante, blondo y bello,
De rayos de oro se adorno el caballo.

14.

Blancas alas vistió, de oro esmaltadas,
Que infatigablemente agita al viento,
Hendiéndole, y las nubes elevadas
De mar y tierra sobre el bajo asiento:
Vestido así, se lanza á las moradas
Del mundo el nuncio del celeste acento:
Sobre el Libano monte el vuelo tiene,
Y en las iguales plumas se sostiene.

15.

Acia las playas luego de Tortosa,
Movió el bajo volar, precipitado;
El sol nacia de la mar undosa,
Parte ya fuera, y lo demas velado;
Y Gofredo elevaba en voz piadosa
A Dios el matutino ruego usado,
Cuando á la par del sol, y mas luciente,
El ángel se le muestra del Oriente.

Concluimos con las últimas octavas contenidas en el extracto que se nos remite; y son las 71, 72 y 73, con que termina la revista ó alarde que el capitán cristiano hace de su gente.

71.

Al nuevo, día cuando vanse abriendo
Al sol las puertas lúcidas de Oriente,
De trompa oyóse y de tambor estruendo,
Que al guerrero á partir llama valiente:
No es el trueno que lluvia va ofreciendo
Tan grato al mundo en la estación ardiente,
Como á la gente fiera el alto acento
De militar belisoso instrumento.

72.

Ya cada cual en vivo ardor alienta;
Los miembros viste del adorno usado,
Y en armas puesto, altivo se presenta
Y corre á su adalid cada soldado.
Los pendones ondeando al viento ostenta
Junto todo el ejército ordenado,
Y el imperial grande estandarte llega
Y al cielo la triunfante cruz despliega.

73.

La frente entanto el sol siempre elevando,
En los celestes campos alto asciende:
Las armas hiere, viva llama dando,
Trémula y clara que la vista ofende.
Fuego el aire al mirar se va tornando
Que en forma de alta hoguera ya se enciende;
Y el relinchar de los caballos suena,
Y el sacudido hierro el campo arcuena.

Si, como nos lo aseguran, el traductor sostiene en toda su obra esta versificación correcta y elegante, no vacilamos en pronosticarle los aplausos de cuantos conservan el buen gusto de la Poesía. La Jerusalem es una de aquellas obras inmortales que serán modelos constantes para los Poetas, y fuente de delicias para los hombres sensibles y aficionados á las artes. La poesía épica es un templo magnífico sostenido con muy corto número de columnas, y pues que no es dado poner otras nuevas, conservemos las que existen, tributándoles toda la admiración que merecen.

VARIEDADES.

Los periódicos ingleses hablan como de un raro fenómeno, de la aparición de una estrangera joven y desconocida en los alrededores de Bristol. Hace tres meses que se la vió por primera vez á la puerta de una quinta; la puerta estaba abierta, y habiendo visto una cama desde ella, dió á entender que quería acostarse. Su aspecto indicaba la desgracia y el abatimiento. Las gentes de la casa, no entendiendo su idioma, refirieron lo acaecido á Mistriss Worall, que reside á una milla de allí: esta señora visitó con cariño á la estrangera, y mandó que se la tratase con la mayor humanidad. Al fin su protectora le dió alojamiento en su casa, pues aunque no entendía una sola palabra de lo que hablaba, sus modales inspiraban el más vivo interés. Es algo triguera, sus mejillas coloradas, sus ojos y cabello negros, sus dientes blancos é iguales, sus manos no dan á entender que se haya ocupado en trabajos groseros; y tiene cinco pies y dos pulgadas inglesas de alto. Consiste su traje en un vestido de tela negra, un pedazo de mouselina al cuello, un schall negro de algodón en la cabeza, otro negro y rojo en los hombros, zapatos de piel, y medias de lana. Parece que tiene 25 años: y tal es la gracia de su porte y de sus movimientos, que cuantos la ven la aman. Se alimenta segun el uso del Indostan, porque no come casi mas que vegetales, y gusta mucho del curry, composición cuyo principal ingrediente es el arroz. El único alimento animal que toma algunas veces es el pescado: no bebe mas que agua, y mira con la mayor repugnancia el vino y los licores fermentados. Es aseadísima en su traje, y muy recatada en su trato con los hombres: jamás permite que le den la mano, y se retira si se le acercan demasiado. Cuando se despide de un caballero le toca el lado derecho de

la frente con la mano derecha, y si es una señora hace lo mismo con la mano izquierda.

Tiene una especie de devoción, y consagra un dia de la semana á adorar al sol desde el amanecer hasta el anochecer. Por acaso vió un puñal, y como si desease enseñar á su protectora los usos de su país, que ella llama *Javasu*, se puso el puñal al lado izquierdo. Usa de las armas con destreza, manejando al mismo tiempo puñal y espada.

Gusta mucho de bañarse, y nada, y se sumerge con mucha rapidez. Lleva consigo una cuerda con nudos, como la que los chinos llaman *Abacus*. Escribe con facilidad de izquierda á derecha, dando á entender que en su país no hay pluma ni papel, sino que se escribe con unos pinceles de pelos de camello en una especie de *papiro*. Habiendo caído enferma del *Typhus*, la asistió Mr. Mortimer, cirujano muy acreditado en Bristol; á lo cual, reconocida ella, le escribió en su convalecencia una carta de gracias, en que se daba á si misma el nombre *Caraboo*. Para averiguar su idioma, y la inteligencia de los caracteres que escribe, se ha empleado el auxilio de la Biblia poliglota, la Pantografía de Try, y los Caracteres elementales chinos del Doctor Hager; pero solo se ha descubierto que una ó dos de las letras que forma se parecen al signo que los chinos llaman *Cho*, y otras al alfabeto griego. Se le han enseñado diferentes obras en griego; malés, chino, sanscrito, árabe y persa; pero no ha dado la menor señal de inteligencia. Su carta ha sido examinada por los mas sabios orientalistas ingleses, mas en vano, aunque algunos han congeturado que está escrita en un javanes imperfecto, y otros en la lengua que usan los malés en Sumatra. El que ha comunicado estos pormenores al editor del *Courrier*, cree que esta muger es una Circasiana, y que quizás tiene alguna relacion su venida á Inglaterra con la aparición de los corsarios tunecinos en las mares del Norte. Por sus señas se viene en conocimiento que estaba á bordo de un navío, y que de resultas del mal trato que en él le daban, apenas se vió cerca de tierra, se echó al agua, y se vino nadando á la playa. Del mismo modo ha explicado que habia estado enferma á bordo: que le habian cortado los cabellos, y hecho una operacion quirúrgica. Examinado el sitio de esta, se vieron cicatrices que suponian incisiones muy irregulares, y probablemente curadas con el uso de los causticos, como se estila en Oriente. El nombre que da al Ser Supremo, es *Alla-vallah*.

Caraboo faltó un dia entero de casa de Mistriss Worall para ir á buscar alguna ropa que habia dejado enterrada por miedo de los *muckratoes* ó ladrones. La distancia debió ser larga, pues volvió con los pies lastimados, y la violenta enfermedad que padeció fue solo efecto del cansancio. Mistriss Worall, que la observa muy de cerca, es de opinion que es hija de un chino y de una malésa, que el primero se llama *Jarré-Mandue*, y es hombre de consideracion en su país; en fin, que *Caraboo* no es solo el nombre de ella, sino tambien de la cadena de oro que lleva al cuello.

Madrid. Imprenta de Repullés. 1817.